El Casino de Artistas e Industriales, de Toledo

Un arquitecto joven y entusiasta, apenas refrendadas oficialmente sus aptitudes, ha logrado iniciar su carrera con un brillante triunfo, digno de ser divulgado. Ese compañero es Felipe Trigo, autor del anteproyecto premiado en el Concurso que fué convocado en 1922 por el Casino de Artistas e Industriales, de Toledo. Si en el aspecto puramente profesional su labor merece francos elogios, son más de estimar sus orientaciones artísticas, por cuanto ha sabido armonizarlas con el ambiente donde el edificio ha de ser construído.

Queremos consignar especialmente este acierto, porque él es prueba irrecusable de que la personalidad no estriba propiamente en dar rienda suelta a la imaginación, sino en saber disciplinarse a tiempo, para no caer en esas extravagancias y fantasías a que son tan propensos los que, por impacientes, quieren singularizarse apenas abandonan las aulas de la Escuela. Por fortuna, el acervo arquitectónico de España es tan fecundo, que no se precisa de audacias para ser original. Basta con depurar la cultura, aprovechando de ella lo que en cada caso es adaptable. Muchos jóvenes de talento se malogran por no condicionar discretamente el afán inmoderado de estilizaciones nuevas. Dibujar, no es construír. La edificación ha de tener bases más firmes y científicas que las gráciles líneas de un capricho imaginativo.

Por eso merecen ser estimados quienes, como Felipe Trigo, entran en la profesión con un sentido serio de la misión que al arquitecto incumbe.

En el caso del Casino de Artistas e Industriales, de Toledo, fuerza es confesar que hubiera sido muy difícil sustraerse al influjo de la imperial ciudad, tan evocadora y tan típica. Pero este imperativo del ambiente pudo extraviar al artista, haciéndole entregarse demasiado a lo que, siendo característico de las viejas y prestigiosas construcciones, es, en cambio, contrario a las necesidades de la vida moderna, y, sobre todo, a las que son ineludibles en edificios sociales, cuyo principal objeto es hacer grata la estancia a sus concurrentes. Felipe Trigo ha sabido sortear esas dificultades en una a modo de transición armónica, por la que, a la vez que rinde culto al pasado como artista, llena cumplidamente su cometido de arquitecto. Así, mientras en las fachadas del Casino predomina el más puro